

Retorno a la unidad

V

LA TIRANIA DEL "SLOGAN"

Nada hay tan nefasto en la historia de un pueblo como dejarse llevar por esa fuerza de gravitación que impulsa a los hombres a adecuar su conducta a lemas que operan como un conjuro sin réplica posible. Los snob se apresuran a convertirlos en santo y seña de un falso ideal de libertad, y al cabo de cierto tiempo puede observarse con estupor que la alta intelectualidad se ha sometido de hecho al dictado de unas normas que no cuentan con otro apoyo que su malintencionada opacidad a la reflexión. Sojuzgado por el poder de imantación intelectual de los *slogans*, el pueblo se trueca de comunidad en masa.

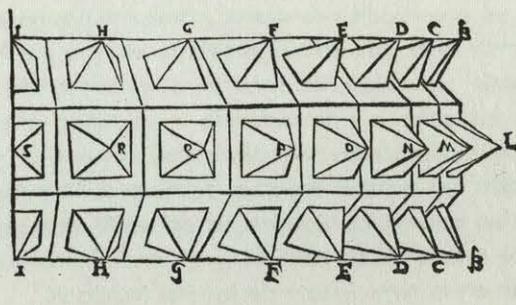
Durante mucho tiempo se contrapuso, por ejemplo, en Europa la vida al espíritu, con el fin oculto de inclinar la balanza en desfavor de éste y dejar a la sociedad a merced de sus impulsos. Por este camino de violencia intelectual se llegó a la conclusión de que "el hombre es uno de los seres más incompletos y la más limitada de las criaturas" (Maeterlink). "El hecho de ser consciente, es decir, el espíritu, lo entendemos como síntoma de una relativa imperfección del espíritu" (Nietzsche). "Las cualidades específicas del hombre no tienen otro fin que responder a la pregunta: ¿cómo es posible que pueda existir un ser tan monstruoso?" (Gehlen). Pero lo humillante es recordar que esta orientación de pensamiento, aun oponiéndose a los derechos inalienables del hombre, se impuso en Europa y conquistó los más altos puestos de la "highlife" intelectual, a través de la incontrovertida tribuna de los Premios Nobel, salvo, naturalmente, la excepcional Sigrid Undset.

Pues bien. Lo importante de momento es notar que esta victoria se debe no a la pericia bélica de los llamados *vitalistas*, sino al fantasmal vocablo *vida*, semirromántico, semipoético, semifilosófico, a medio camino en todas direcciones y, por tanto, estratégicamente ambiguo e irresistiblemente sugestivo. Los filósofos oficiales rindieron a la nueva doctrina sus cátedras, ciudades hasta entonces de otra orientación no menos tiránica: el llamado neokantismo, e hizo falta todo el insobornable sentido común de un maestro de escuela primaria, Theodor Haecker, para delatar este increíble

fraude ideológico: "Los vitalistas—escribe—están acordes en afirmar que la belleza y la fuerza, la fuerza creadora, conformadora y configuradora, sólo pertenece a la vida y a la Naturaleza, y que el espíritu, en el mejor de los casos, no es sino el ordenador, orientador y registrador, pero propiamente es el nivelador, destructor, asesino de la vida, de por sí maravillosa y floreciente. El camino hacia las madres, de cuyo seno procede cuanto hay de noble, de desconocido, sorprendente y poderoso, es obstruido por el espíritu, que no deja pasar, en plan filisteo y burgués, sino lo manido y lo vulgar" (1).

De modo análogo y en estrecha relación con este proceso de desvaloración del espíritu, se llevó a cabo la tendenciosa campaña a favor de lo "objetivo" que hemos reseñado en artículos anteriores. Todo bajo la bandera de una enigmática "objetividad nueva", que se impuso con una desconsideración proporcional a su equivocidad.

Nada más urgente, pues, que sorprender las ocultas intenciones del pensamiento *objetivista*, para ganar la necesaria libertad de reacción frente a sus ilimitadas pretensiones.



EL OBJETIVISMO ENTRE BASTIDORES

Tendenciosamente, buen número de círculos intelectuales se esforzaron por subrayar la vertiente crítica de la objetividad, para legitimar la injusta labor de poda que venían realizando en el ámbito de lo real. Al amparo del carácter de buen gusto que ostenta la sencillez, por ejemplo, en el decorado, los profetas del finitismo pretendieron arrogarse el derecho de dar el tono a la alta sociedad. La sencillez fué confundida con el despojo, y el desarraigo empezó a orlarse de pres-

(1) *Christentum und Kultur*. Kösel Verlag. München, 1946, página 235.

tigio, incluso en Estética, como si la precariedad alicorta de un esencialismo purista fuese índice de madurez y selección. Este trastocamiento de valores tomó cuerpo en el ambiente intelectual a través de la cortina de humo de un puñado de errores que urge delatar:

a) *Dar la primacía al modo de conocer sobre el objeto de conocimiento.*

Por una serie de circunstancias que el lector conoce, la exigencia de certeza se impuso en el pensamiento contemporáneo sobre la amplitud y profundidad del conocimiento. Una obsesión enfermiza de cautela, siempre creciente a partir de Descartes, limitó la capacidad humana de trascendencia, principio y fin de la actividad filosófica. Nada extraño que el pensador, necesitado de seguridad y de certeza, se acogiese a lo empírico, susceptible de medida y de dominio. Lo "objetivo" se impone en una sociedad afanosa de poder.

b) *Dividir los ámbitos culturales en compartimentos estancos.*

Por ser la atomización recurso fácil de dominio, se dió carta de ciudadanía a la escisión practicada en la realidad por necesidades metodológicas perentorias, bajo el pretexto de que la autonomía implica pureza de líneas y precisión. La interrelación es interpretada como intromisión y ambigüedad. Atentar, por tanto, contra las "leyes específicas" de cada ámbito cultural es "inobjetivo" ("unsachlich") (2).

c) *Neutralizar los valores.*

Por carecer del sentido de la autonomía de los valores, se entiende el cosmos como un entramado de fines *neutrales* o incalificados (3). Los valores vienen a ser diluídos en una relación funcional, como medios para un fin. Estamos ante una actitud prosaísta en que prolifera la categoría univocista de *función*, y el contenido valioso de los entes queda reducido a un tejido gris de relaciones incalificadas. Se desconoce el sentido y la justificación del carácter emotivo de la reacción humana frente a los valores. La vida intelectual se limita a captar fríamente relaciones de sentido, y el sentimiento queda confinado en la *terra ignota* de lo vital irracional.

d) *Identificar lo real (lo no subjetivo) con lo a-personal.*

Lo personal desborda a ojos vistas lo meramente "objetivo". Posee un núcleo de intimidad, un reducto inaccesible al análisis. Si se acepta este ámbito de realidades, hace crisis el objetivismo como método integral de conocimiento. De ahí el empeño renovado del Positivismo por deshacerse de lo personal. Basta para ello

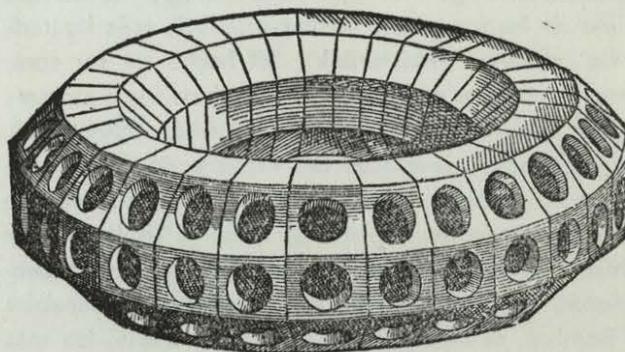
(2) En el prólogo de la obra *Lebendiger Geists* critica Guardini ciertamente esta tendencia.

(3) Los autores alemanes suelen precisar esto diciendo que los valores son convertidos de "Ziele" en "Zwecke".

tomar como módulo de realidad el estrato del ser material. Con ello la libertad personal pasa a ser interpretada como una falta de estabilidad y firmeza (4), se hipertrofia la importancia del entendimiento en la vida humana, y el ser personal queda, al fin, diluído en el mundo de lo *ideal*, que a un temperamento positivista no resulta difícil pensar como *irreal*. Lo real es lo material, lo que ofrece flanco a la garra del *homo faber*. Lo personal se hace sospechoso de irrealidad, debido a su condición misteriosa, que se revela sobre todo en el ambiguo fenómeno de la libertad. Frente a un público hipersensible a la exigencia de certeza es fácil recurso demagógico interpretar la *libertad* como *capricho*, y confundir lo personal con lo *subjetivo*, en sentido de *arbitrario*.

e) *Valorar los bienes a-personales sobre los personales.*

Es ésta—como ha visto claramente Marcel (5)—la expresión más desabrida de una existencia montada sobre la categoría de función. El rendimiento prevalece sobre el ser de la persona. El misterio es profanado por la tiranía del espíritu de cálculo. Son minusvalorados y pospuestos los bienes que, por llevar en sí el sello del misterio, son irreductibles a algo distinto, simple y amorfo, y hurtan, por tanto, el cuerpo a todo intento de funcionalización. El hombre se acoge a lo "objetivo" para trazar autónomamente una vida sin horizonte de misterio.



IDEAL DEL PENSAMIENTO OBJETIVISTA

leyendo entre líneas las obras de tendencia objetivista se advierte, como inspiración común, el afán de llegar a un "sistema de la experiencia como haz de correlaciones físico-matemáticas" (6), en que la experiencia

(4) Véanse, al respecto, las actitudes contrapuestas siguientes: por una parte, la del Scheler de la segunda época, sobre todo en su obra *Die Stellung des Menschen im Kosmos*, L. Klages (*Der Geist als Widersacher der Seele*) y A. Gehlen (*Der Mensch, seine Natur und seine Stellung in der Welt*); y por otra, la de Theodor Haecker (*Was ist der Mensch*, Edit. Guadarrama, Madrid, 1961, págs. 201-232).

(5) Cfr. *Etre et Avoir* y *Les hommes contre l'humain*.

(6) Cfr. Merleau-Ponty: *Phénoménologie de la Perception*, Gallimard, París, págs. 402-03.

no sea sino el tête à tête de la conciencia desnuda y el sistema de correlaciones objetivas que ella piensa (7). El pensador objetivista sólo reposa intelectualmente cuando se siente como un sujeto anónimo ante un entramado de relaciones impersonales. El mundo objetivista viene definido por la hipertrofia sin límites de la función cognoscitiva a expensas de la profundidad de las "cosas exteriores" y, a la postre, del mismo sujeto cognoscente. Es el reinado universal y absoluto del conocimiento "espectacular", de la claridad sin mitigaciones, que agosta, con su pretensión analista, el contenido de misterio del ser.

El pensador objetivista teme, desprecia y odia lo constitutivamente ambiguo, pues su ambición aspira a que todo ser le venga dado, como el círculo al geómetra, por ley de constitución. No la realidad en su intimidad ontológica irreductible es lo que prende su atención, sino la fórmula constitutiva de la realidad en general. El ideal del objetivismo es hallar la ecuación del ser. De ahí la orientación que sigue al seleccionar el objeto y método de conocimiento.

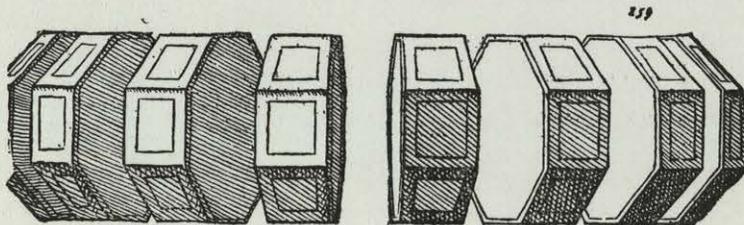
Del ámbito inextinguible de lo real sólo atiende al

(7) *Id., id.*

estrato del ser meramente fáctico, no cualificado, y, por tanto, reductible, inventariable, verificable, susceptible de formulación analítica y de dominio. Por eso desprecia como "oscuros", "irracionales" y "anticientíficos" los seres complejos irreductibles, cuya intimidad sólo se revela a un pensamiento que intensifique su capacidad intuitiva con el amor reverente de la piedad.

En cuanto al método, no repara el objetivismo en atropellar los derechos de la analogía con todo género de extrapolaciones categoriales, porque el afán de dominio intelectual sólo hace presa en lo unívoco. Sobre este allanamiento inicial del campo de acción hace campear el primado del conocimiento discursivo: única actividad posible, pues la intuición es privilegio de mentes jerárquicas.

Nada extraño que, por la lógica de los fenómenos espirituales, este despojo y homogeneización de lo real haya provocado en el pensamiento objetivista un radical pesimismo, del que no son sino parciales manifestaciones aquellas de sus características que hoy más que nunca suscitan una justificada alarma: el desarraigo, el distanciamiento y falta de compromiso personal, la superfetación de las técnicas de cálculo, la primacía de la categoría de función, etc.



LA DIGNIDAD DEL HOMBRE EN PELIGRO

Si se prescinde de cuanto en Literatura y Arte hay de pretexto y adorno, y se dejan al desnudo los motivos ocultos que deciden la marcha de las creaciones, se descubre en el objetivismo un afán apasionado de hacer encallar al hombre en la mudez de lo intrapersonal. Nada más elocuente al respecto que recordar dos testimonios impresionantes de la Literatura contemporánea. Su lectura atenta nos confirmará en la sospecha de que el tan decantado "neutralismo" del pensamiento liberal no es sino un hábil manejo para mejor hacer circular monedas falsas. En el fondo, toda esta campaña de inmersión en lo "natural", lo "fáctico", etc., no tiene por meta sino desentenderse del espíritu, privar al hombre de su poder de dominio sobre la materia espacio-temporal, e incrustarlo así en su entorno (Umwelt).

Albert Camus:

"*Calígula* (estallando, se arroja sobre el joven Escipión, lo toma del cuello y lo sacude). ¿Soledad? ¿Acaso tú conoces la soledad? La de los poetas y la de los impotentes. ¿Soledad? Pero ¿cuál? Ah, no sabes que nunca se está solo. Y que a todas partes nos acompaña el mismo peso de porvenir y de pasado. Los seres que hemos matado están con nosotros. (...) ¡Solo! ¡Ah, si por lo menos en lugar de esta soledad envenenada de presencias que es la mía, pudiera gustar la verdadera, el silencio y el temblor de un árbol! (Sentado con súbito cansancio)" (1).

(1) *Calígula*. Acto II, escena XIV, página 90. Editorial Losada, S. A., Buenos Aires, 1957. (Los subrayados son míos.)

Jean Paul Sartre:

"Estaba, pues, hace un momento en el jardín público. La raíz del castaño se hundía en la tierra justamente por debajo de mi banco. No me acordaba ya de que esto era una raíz. Las palabras se habían desvanecido, y con ellas la significación de las cosas (2), sus modos de empleo, las débiles marcas que los hombres han trazado en su superficie. Estaba sentado, un poco inclinado, la cabeza baja, sólo ante esta masa negra y nudosa, enteramente bruta y que me causaba miedo. Y después tuve esta iluminación.

Esto me ha cortado el aliento. Nunca, antes de estos últimos días, había sentido lo que quería decir "existir". Era como los

(2) El subrayado es mío.

otros, como los que se pasean a la orilla del mar con sus vestidos primaverales. Decía como ellos: "La mar es verde; aquel punto blanco, allá arriba, es una gaviota", pero no sentía que esto existiera, que la gaviota fuera "una gaviota-existente"; de ordinario, la existencia se oculta. Está ahí, en torno de nosotros, en nosotros, es *nosotros* mismos, no se pueden decir dos palabras sin hablar de ella, y, finalmente, no se la toca. Cuando creía pensar en ella, menester es decir que no pensaba nada, tenía la cabeza vacía, o precisamente una palabra en la cabeza, la palabra "ser". O entonces pensaba... ¿cómo decirlo? Pensaba la *pertenencia*, me decía que la mar pertenece a la clase de los objetos verdes o que lo verde es parte de las cualidades del mar. Aun cuando miraba estas cosas, estaba a cien leguas de pensar que existían; me parecían como una decoración. Las tomaba en mis manos, me servían de útiles, preveía sus resistencias. Pero todo esto pasaba en la superficie. Si se me hubiera preguntado qué era la existencia, hubiera respondido de buena fe que no era nada, justamente una forma vacía que venía a añadirse a las cosas desde fuera, sin nada cambiar en su naturaleza. Y después, he aquí que, de repente, se hizo claro como el día:

la existencia se había revelado repentinamente. Había perdido su aspecto, inofensivo de categoría abstracta; *era la masa misma de las cosas, esta raíz estaba amasada en la existencia*. O más bien la raíz, las rejas del jardín, el banco, la hierba rala del césped, todo esto se había desvanecido; *la diversidad de las cosas, su individualidad, no era sino una apariencia, un barniz* (3). Este barniz se había disipado, quedaban masas monstruosas y blancas, en desorden, desnudas en una extraña y obscena desnudez (...).

Comprendí que no había medio entre la inexistencia y esta abundancia destemplada... Si se existía, era necesario existir hasta allí, hasta el enmohecimiento, la tumefacción, la desnudez (...).

Eramos un montón de existentes enojados, molestos de nosotros mismos, no sentíamos la menor razón de ser, ni los unos ni los otros; cada existente, confuso, vagamente inquieto, se sentía de sobra en relación con los otros. *De sobra*; era la única relación que podía establecer entre estos árboles, estas rejas, estos guijarros. Trataba en vano de contar los castaños, de situar

(3) Estos subrayados son míos.

los..., de comparar su altura con la de los plátanos; cada una de estas cosas huía de las relaciones en que trataba de encerrarla, se aislaba y se escapaba. Estas relaciones (*que me obstinaba en mantener para retardar el hundimiento del mundo humano, medidas, cantidades, direcciones*) (4) sentía yo en su arbitrariedad; no mordían ya sobre las cosas. *De sobra*, el castaño... Y yo—abúlico, lánguido, obsceno, dirigiendo, agitando sombríos pensamientos—, *yo también de sobra*... Soñaba vagamente en suprimirme, para aniquilar, al menos, una de estas existencias superfluas. Pero también mi muerte hubiera estado de sobra. De sobra, mi cadáver... Y mi carne carcomida hubiera estado de sobra en la tierra que la hubiera recibido, y mis huesos, en fin, limpios, mondos, hubieran estado también de sobra; yo estaba de sobra para la eternidad.

Todo es gratuito; este jardín, esta ciudad y yo mismo. Cuando acontece que uno se da cuenta de ello, el corazón da un vuelco y todo comienza a vacilar...; he aquí la náusea" (5).

(4) Idem.

(5) *La Nausée*, págs. 162-67.

